

LA VEJEZ EN LA UTOPIA:
CUANDO EL AIRE ES AZUL
DE MARÍA LUISA PUGA

*Elvia Lucero Escamilla Moreno**

Sucede que hay la vida. Las formas de la vida que nos ha sido dado conocer. Y hay las otras, aquéllas que entrevemos y las que nos permiten, de una manera u otra, seguir viviendo. Algo que, si puedes imaginar, existe.

MARÍA LUISA PUGA¹

LA UTOPIA

En el habla común y en la literatura, hablar de utopía requiere por lo menos una precisión terminológica, un buen punto de partida lo proporciona el DRAE al definirla como “Plan, proyec-

* Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

¹ Puga, María Luisa (2009). “Sucede”, en *Cuentos, relatos, vuelos*, Morelia: Secretaría de Cultura de Michoacán, p. 137.

to, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”² pues da pie a un acercamiento al contenido de la novela que analizaré. Por otro lado, Fernando Ainsa menciona que al hablar de literatura es indispensable mencionar que “Apenas publicada en 1516, *Utopía* [de Tomás Moro] dejó de ser el título de una obra para convertirse en un género literario. Utopías se llamaron todos los textos inspirados en la obra de Moro sobre sociedades ideales imaginadas en lugares aislados en el espacio o lejanos en el tiempo, aparentemente al margen de la causalidad histórica”.³ Y agrega que:

Gracias al adjetivo utópico, la utopía pasó a ser “un estado de espíritu”, sinónimo de actitud mental rebelde, de oposición o de resistencia al orden existente por la proposición de un orden que fuera radicalmente diferente. Esta visión alternativa de la realidad no necesita darse en una obra coherente y sistemática fácilmente catalogable dentro del género utópico. Para estar frente a un pensamiento utópico basta rastrear el cuestionamiento o la simple esperanza de un mundo mejor. Se puede afirmar así que un escritor puede ser utopista sin haber escrito ninguna utopía. Basta que el utopismo, la intención utópica subyazca en el texto.⁴

Dicho utopismo se encuentra formado por cinco características que, según menciona Ainsa, aparecen desde las primeras obras publicadas: la insularidad, la utopía se encuentra en un espacio aislado; la autarquía, la mayoría de los proyectos propugnan la autosuficiencia y son contrarios al comercio y la interdependencia; la acronía, ausencia de una dimensión histórica; la planificación urbanística, donde la ciudad real, y sus problemáticas, “se enfrenta a la ciudad proyectada como estructura urbana regular y geométrica” donde todo funciona bien; final-

² <http://dle.rae.es/?id=bCnqw2G>

³ Ainsa, Fernando (1999). *La reconstrucción de la utopía*, Buenos Aires: Ediciones del sol, p. 20

⁴ *Ibid.*, p.21.

mente, la reglamentación, pues la utopía es “totalizante en la medida en que pretende organizar la armonía social a través de una teoría integral en la cual están previstos todos los aspectos de la vida colectiva y privada”.⁵

María Luisa Puga muestra en *Cuando el aire es azul*, un pueblo que, después de una ardua lucha que pinta el aire de azul, logra instaurar un orden político, económico y social que le permite organizarse por áreas de trabajo (campo, industria, oficinismo, educación, prensa) donde los habitantes se rolan cada dos semanas, todos saben hacer de todo y se conocen al menos de vista, pues la rotación de tareas hace que exista una verdadera interacción entre sus habitantes. El pueblo luchó contra un Estado que lo oprimía y negaba, al restaurarse la paz buscó un modelo de gobierno distinto a través de su propio programa educativo y de su independencia económica (lograda a través de un minucioso trabajo industrial y agrícola). La rotación de tareas también permite la eficiencia y erradica los monopolios y las luchas de poder; las decisiones son conjuntas y en ellas predomina el diálogo constante hasta alcanzar una solución consensuada. El pueblo de aire azul está ubicado entre montañas que lo separan del resto del mundo, de los invasores de antes y de cualquier otra nación que pudiera romper su autonomía y tranquilidad. Así, al inicio de la novela se nos presenta a un pueblo utópico en sentido estricto. Sin embargo, y a pesar de la imagen ideal que tiene, se trata de una civilización que vista a través del descontento Tomás —el protagonista— es en realidad una población excluyente de todo aquello que no se ajusta a los esquemas de trabajo, del pensamiento distinto y que menosprecia las aspiraciones a una realidad distinta. Además, la muerte de Esteban —uno de los excluidos—, el monopolio en las tiendas de abasto y la insuficiencia de medios de transporte muestran que es una

⁵ *Ibid.*, pp. 22-25.

sociedad que se encuentra al límite de la distopía.⁶ Es decir, en la novela se exhiben una serie de acontecimientos que desde distintos personajes denuncian las fallas del sistema: la insatisfacción, intolerancia al pensamiento diferente y el desabasto que tarde o temprano se presenta, en este caso ejemplificado con la escasez de colectivos.

MUJER Y VEJEZ EN LA UTOPIA

La vejez de lejos se la toma por una institución; pero es la gente joven la que súbitamente encuentra que es vieja. Un día me he dicho ¡Tengo cuarenta años! Cuando desperté de esta perplejidad tenía cincuenta. El estupor que entonces se adueñó de toda mi vida no se ha disipado.

SIMONE DE BEAUVOIR⁷

Al presentar el libro *La función de las mujeres en las utopías. La utopía de una* de Gioconda Espina, Heinz R. Sonntag plantea la siguiente pregunta: “¿qué hace que el papel de la mujer siga

⁶ Paola Sotomayor-Botham, recuperando a Lyman Tower Sargent, define la distopía literaria como aquella que “se refiere a una “sociedad inexistente [...] que el autor espera que el lector contemporáneo vea como mucho peor que la sociedad en la que vive”. En Sotomayor-Botham, Paola (2013). “*Lejos*: la distopía socialista-feminista de Caryl Churchill” en *Revista Chilena de Literatura*, 83 (Abril), p. 170. Por su parte, Estrella López Keller, en 1991, menciona que la distopía “se caracteriza fundamentalmente por el aspecto de denuncia de los posibles o hipotéticos desarrollos perniciosos de la sociedad actual.” En López Keller, Estrella (1991). “Distopía: otro final de la utopía” en *Reis* 55 (Jul-Sep), p. 15.

⁷ De Beauvoir, Simone (1964). *La fuerza de las cosas*, Buenos Aires: Gallimard, p. 758. A través de Bernárdez Rodal, Asunción. “Transparencia de la vejez y sociedad del espectáculo: pensar a partir de Simone de Beauvoir” en *Investigaciones femeninas*, 0 (2009), p. 34.

siendo básicamente inalterado en nuestras sociedades, pese a los numerosos intentos de cambiarlo sobre todo por parte de los movimientos antisistémicos?”⁸ Para el sociólogo la respuesta se encuentra en las propuestas de reorganización que desde la Antigüedad y hasta los años sesenta y setenta del siglo XX, han reproducido una imagen de la función de la mujer basada en las ideas de la “naturaleza femenina”. Es decir, la mujer no ha avanzado en la resignificación de su papel en nuestra sociedad porque ninguna propuesta de organización social ha aventurado roles diferentes para ella.

El lugar de la vejez no dista mucho de estar en la misma situación, pues al igual que “la naturaleza femenina”, el “ser viejo” tiene características que son impuestas y reproducidas según el contexto. Joana Colom Bauzá menciona que la dificultad de establecer un inicio y definición de la vejez radica en que “es más una cuestión de aptitudes y actitudes, donde concurren dimensiones biológicas, psicológicas y sociales, que de asignación cronológica”.⁹ Agrega también que la vejez:

se refiere más a un acontecimiento social que a unas características fisiológicas, es decir, la vejez empieza cuando un grupo social o sociedad de la que forma parte lo reconoce como una persona vieja, produciéndose una situación en que la edad social que se estipula como determinante del inicio de la vejez nada tiene que ver con la edad cronológica.¹⁰

Asimismo, para Mari Paz Martínez, María Luz Polo y Beatriz Carrasco la vejez “es un fenómeno tan complejo, que puede ser analizado desde diferentes perspectivas, y según factores muy diversos, cronológicos, biológicos, económicos, sociales, cultura-

⁸ Espina, Gioconda (1991). *La función de las mujeres en las utopías. La utopía de una*, México: DEMAC, p. 9.

⁹ Colom Bauzá, Joana (1999). “Vejez, representación social y roles de género” en *Educació i Cultura* 12, p. 51.

¹⁰ *Ibid.*, p. 52.

les, psicológicos, antropológicos”.¹¹ Con el interés de reflexionar acerca de la vejez en el siglo XXI, este grupo de profesoras de la Universidad de Alcalá hacen un repaso de las diversas características y representaciones que se han hecho de la vejez desde la Edad Media afirman que se trata de un “complejo fenómeno en la vida del ser humano [...] un hecho ligado a la cultura y no sólo a lo biológico”.¹² En su trabajo recuerdan que la mujer anciana, sola y pobre de la Edad Media “se encuentra en el punto más bajo de la escala social”, que es equiparada con las fuerzas del mal y que incluso en las obras de teatro y novelas del siglo XVI se les representan como “viejas llenas de vicios cuyo aspecto físico es descrito de modo exagerado y cruel”.¹³ Esta visión negativa continúa hasta que en el siglo XVIII cambia con “papeles donde se les muestra majestuosos y conmovedores. También los viejos pobres ingresan tímidamente de la mano del “viejo servidor abnegado”, aunque su figura solo interesa en relación a su amo”.¹⁴ El siglo veinte y sus vertiginosos cambios, según dicen Martínez, Polo y Carrasco “conducen a la marginación social del anciano, y él mismo se siente con frecuencia superviviente de un mundo que le es cada día más ajeno [...] el tiempo que el anciano considera suyo está en el pasado (“en mis tiempos...”) porque la época que vive pertenece a los jóvenes”.¹⁵ Joana Colom atribuye esta concepción negativa de la vejez, en primer lugar, a las características negativas que se le atribuyen como la incapacidad, lentitud, rigidez, enfermedad, etc. Y en segundo lugar, a las normas y roles sociales que se asignan a las personas mayores que al no ser productivas en lo económico ni en lo reproductivo, son relegadas.¹⁶

¹¹ Martínez Ortega, Mari Paz *et. al.*, “Visión histórica del concepto de vejez desde la Edad Media” en *Cultura de los cuidados* VI, 11(2002), p. 40.

¹² *Loc. cit.*

¹³ *Ibid.*, pp. 42-43.

¹⁴ *Ibid.*, p. 44.

¹⁵ *Ibid.*, p. 45.

¹⁶ Colom Bauzá, Joana (1999). “Vejez, representación social y roles de género”, *op. cit.*, pp. 53-54.

Así, tanto ser mujer como ser viejo, ser mujer vieja, ubica a los personajes reales y ficticios en una situación de franca marginalidad, dependientes del contexto económico, político y cultural, de las representaciones que de ella se hacen y que marcan los roles que les designa la sociedad a la que pertenecen.

LUZ MARÍA VDA. DE VALLES,
CUANDO EL AIRE ES AZUL

Yo lo que tengo son muchos años, pero no me duele nada...

MARÍA LUISA PUGA, *Cuando el aire es azul*.

Como dije anteriormente, *Cuando el aire es azul* relata la vida de una sociedad en aparente calma, pero desde la perspectiva de Tomás y otros personajes, se nos dejan ver las fallas de este sistema. Una de esas fallas es mostrada por una mujer vieja a quien en la primera aparición de su nombre, en los papeles del registro de vivienda, Jorge Eduardo no duda en dar por muerta, la tarjeta indica que tendría alrededor de noventa años y él no puede concebir que siga viva:

Nada más desconsolador que un libro de registro ya viejo, en el que probablemente al cerrarlo, una página quedó con su esquina atrapada y luego aparece así, medio tullida, amarillosa y resignada. Ir a ver, por una curiosidad morbosa, a quién le correspondía: Luz María vda. de Valles [...] edad 67 años; locación Cerezas 78-2; dos habitaciones. En 1950 esto. ¿Tendría ya cuántos años? Noventa y... no, seguro había muerto. A alguien se le había olvidado sacarla de ahí. Desde cuándo, a quién —aunque en el fondo, a quién no podía importar menos —, pobre mujer.¹⁷

¹⁷ Puga, María Luisa (1980). *Cuando el aire es azul*, 2ª ed., México: Siglo XXI, p. 49.

En este fragmento podemos detenernos en algunos términos: tullida, amarillosa, resignada, desconsolador y viejo; todos calificativos que introducen el contenido de la tarjeta que Jorge Eduardo encontró: los datos de la viuda de Valles. El personaje se molesta y compadece a la mujer de la tarjeta no por su supuesta muerte, sino por su presencia burocrática, por el olvido del que ha sido objeto en la organización del pueblo. La falla del pueblo le molesta, pues Tomás ha insistido últimamente en que realmente no todo es perfecto, así la presencia de la viuda de Valles, al asumir su muerte, obliga a Jorge Eduardo a admitir que “[...] lo que le dolía incluso, o lo asustaba a veces era esto (la hojita tullida ante sí, los datos precisos, claramente escritos. La mujer ahí, aunque la fecha desdiorara un tanto el encuentro). Este no ver a la gente detrás. Este no obligarse a entender que detrás había alguien¹⁸”, por lo que se apresura a cambiar la tarjeta de carpeta. Hay que “darle sepultura a la vda. de Valles [...] Dejarla en paz a ella” y después tomar medidas para solucionar el problema de organización.

Pero ese no ha sido el único encuentro que Jorge Eduardo, ferviente defensor de las bondades del pueblo de aire azul, ha tenido con una mujer mayor y el narrador nos da cuenta de eso:

Jorge Eduardo se acordó [...] del día en que le había tocado hacer la cola a él [...] Oía los comentarios de la gente [...] Fue más o menos entonces que vio a la mujer (y así, se dijo ahora, debió haber sido Luz María vda. de Valles. Ella no era, porque no parecía tan mayor). Como a cuatro personas de él. Quieta, sin mirar (muy bajita) hacia delante. Porque ya Jorge Eduardo se había dado cuenta de que tanto él como los demás tendían sobre todo a mirar al frente (con algo de desesperanza además) [...] Esta mujer no. Miraba como para afuera. Era la imagen misma, se dijo Jorge Eduardo, de la espera. Era la espera [...] Era como si la mujer se dejara estar con toda su presencia, de una manera laxa, medio desmadejada y sin embargo pendiente toda ella [...] Le pareció

¹⁸ *Loc. cit.*

sabía aunque no descartó la posibilidad de que lo que esa mujer tuviera fuese la indiferencia acomodaticia que produce el sueño [...] la mujer, era una comprensión profunda de lo que sucedía.¹⁹

Esta mujer es dotada por el personaje que la observa, con características de aquella “vejez en contemplación” en espera de la muerte. Asunción Bernárdez Rodal menciona que “En la vejez el tiempo parece haberse precipitado para acabar deteniéndose para siempre. El tiempo no tiene ya profundidad, no hay más que monotonía y aburrimiento porque es la persona la que se desinteresa del mundo y de la política”²⁰ así que esa paciencia, sabiduría, resignación y comprensión absoluta que Jorge Eduardo ve en esa mujer, son producto de la edad, no le interesa llegar al final de la cola, el tiempo para ella parece ser lo de menos pues se detuvo, tal vez, hace tiempo.

Más adelante en la historia, Tomás, que se encuentra haciendo fila para el registro de vivienda —la misma que hizo Jorge Eduardo—, comienza a quejarse con su pareja Marisa, y a proponer otras formas de organización que les habrían librado de estar parados bajo el sol esperando su turno, ella le indica que el periódico explicó con detalle las razones del procedimiento y entonces una anciana, la viuda de Valles, interviene en la plática:

—Claro, joven —dijo una mujer muy anciana que estaba delante de ellos, y que se había traído un banquito de lona—, ustedes perdonarán que me entrometa así, pero los he estado oyendo. ¿Sabe por qué lo decidieron así? —al menos eso decía el periódico—. Yo lo leo la primera cosa en la mañana —se rió con ronquiditos—. Pues porque así no se tenía que sacar a tanta gente de su trabajo [...] y decía que así, como lo estamos haciendo, cada uno en el pueblo pierde tres, cuatro horas, pero como que se esparce la cosa

¹⁹ *Ibid.*, p. 50-52.

²⁰ Bernárdez Rodal, Asunción (2009). “Vejez, representación social y roles de género”, *op. cit.*, p. 34.

[...] y mire —añadió la mujer mostrando sus agujas de tejer—, yo ya venía preparada.²¹

Se trata de una mujer que es jovial, amena e informada, pero acrítica, acata las disposiciones oficiales sin cuestionarlas, tal vez porque ya no es su tiempo, su época. Así, esta mujer también parece estar en esa contemplación o espera de la muerte, al menos eso deja ver cuando Tomás le pregunta si se cambiará de casa y ella responde: “No, yo qué esperanza. Soy viuda pero además, hace 63 años que vivo en la misma. A mí ya que me dejen morir ahí...”.²² Y más adelante agregará: “Yo a mi edad ya acepto lo que me digan —se volvió a reír—. Para mí todo está bien”.²³ La última frase enfatiza su docilidad y hasta placidez, actitudes presentes durante la discusión que surge a su alrededor y en donde se nos recuerda que ella sigue ahí a través de frases como “La anciana tejía con placidez” (p. 741) y “La anciana tejía tarareando” (p. 72). Además, las características físicas de esta mujer pertenecen a la imagen [representación] generalizada de la mujer mayor: “Su espalda encorvada, sus mejillas ajadas y colgantes, los ojos vivos, el pelo blanco y ralo, su sonrisa”²⁴ —sólo faltó mencionar la falta de dentadura y tendríamos el estereotipo completo.

María Luisa Puga muestra a través de este personaje los contrastes e inquietudes de dos generaciones representadas por Tomás, joven, inquieto, dispuesto a señalar y mejorar lo que falla; y Luz María viuda de Valles, paciente, resignada, ¿indiferente?, pero también consciente de que su resignación no está determinada por su edad, esa resulta tal vez irrelevante ante la organización del pueblo y sus actividades, así lo afirma ante Tomás cuando este le dice:

²¹ *Ibid.*, p. 69.

²² *Loc. cit.*

²³ *Ibid.*, p. 70.

²⁴ *Loc. cit.*

—Pero no es justo que la hagan hacer cola así. A su edad. Ella volvió a reír. Se sacudía toda aunque su risa no fuera más que esa sucesión de ronquiditos.
—Ay —dijo—, ustedes los jóvenes siempre nos están queriendo tratar distinto. Si somos iguales. Nos gusta hacer de todo. Yo lo que tengo son muchos años, pero no me duele nada.²⁵

Y ante la insistencia de lo que ahora se ha vuelto una discusión colectiva en medio de la cola, ella marca su distancia de la generación que se apasiona por cambiar las cosas: “—Ah, ustedes porque son jóvenes. Les encanta discutirlo todo”.²⁶

CONSIDERACIONES FINALES

Asunción Bernárdez menciona la importancia de modificar las representaciones de la vejez pues “Excluir a un grupo colectivo de la representación es excluirlo de la existencia social” y añade: “Está claro que la vejez está señalada por las cualidades de los cuerpos desposeídos de belleza y energía. Un cuerpo viejo es un cuerpo desprovisto de poder que sólo puede establecer relaciones de dependencia respecto a las personas jóvenes y productivas”.²⁷ Acaso la representación hecha por Puga es una crítica a esa imagen común, dependiente y negativa, “yo lo único que tengo son años” declara la viuda de Valles y muestra que la edad no es lo determinante, marca su distancia con los jóvenes que quieren cambiarlo todo, pero porque no tienen prisa o interés en la relevancia de esos cambios. Bernárdez también menciona que “La vejez es la pérdida de la relación pasional con el mundo. Sin embargo, no es el fin de la experiencia estéti-

²⁵ *Ibid.*, p. 69.

²⁶ *Ibid.*, p. 70.

²⁷ Bernárdez Rodal, Asunción (2009). “Vejez, representación social y roles de género”, *op. cit.*, p. 43.

ca en sí misma, que permanece y se mantiene”.²⁸ ¿No es similar a esta experiencia, al goce que implica, lo que la viuda de Valles muestra con su sonrisa impasible y su tarareo al tejer mientras los jóvenes, representados por Tomás, se impacientan y se apasionan sugiriendo los cambios?

La viuda de Valles también tendrá importancia para Marisa, pues motivará su reflexión, cuando le pregunta a la anciana qué siente cada vez que acude al registro, ella le responde: “No sé, a lo mejor me acostumbré. Siento que estoy cosida al pueblo. Que soy de aquí. No sé”.²⁹ Las reflexiones de Marisa en torno a su propia vida y a su relación con Tomás, nos invitan a cuestionar si ese “dejarse llevar” de la viuda de Valles es una actitud de la vejez, si es una cuestión de representación del género o es parte de la organización del pueblo, es decir ¿pertenece a lo individual, lo social o lo político? Pues también Marisa está dispuesta a dejarse llevar por el destino:

Se sentía desposeída aunque sin dejar de caminar y de aceptar que si fuera Tomás al que se encontrara, seguiría con él, simplemente, hasta la casa. ¿Eso significaba que estaba permitiendo que el destino decidiera su vida? Francamente sí. Se había cansado de ese monótono rebotar de una decisión a la otra. Con fatiga reconocía, por lo demás, que ya sabía lo que haría. Se dejaba llevar. ¿Y a dónde podría ir uno —se dijo melancólica— si rechazara todo esto? [...] Y luego va siendo hora de tener un hijo, se lo dijo sin convicción, pensando absurdamente en su madre. La supo insuficiente, ajena. [...] Y de ahí, pasó a recordar a la ancianita que tejía en la cola. Ese semblante ajado, esa lucecita anhelante en los ojos. ¿Cómo sería estar llegando al fin de las cosas? ¿Se daría uno cuenta? ¿Verdaderamente? O con esa costumbre de ser uno, que uno tenía, vaya a saber desde cuándo —yo no me vi crecer, por ejemplo. Soy la misma desde que me acuerdo— ¿se irían aceptando limitaciones igual que se acepta que un día amanezca nubla-

²⁸ *Ibid.*, p. 44.

²⁹ Puga, María Luisa, *op. cit.*, p. 71.

do? Igual que se acepta, se dijo con el corazón encogido, que una relación se acaba. No llega a más.³⁰

Estas mismas preguntas podríamos llevarlas al extremo de ¿qué es la vejez? ¿No es acaso, como hemos visto, una etiqueta que también se modifica según la sociedad? Pues como dice la viuda de Valles, lo único que tienen son años, lo demás (maldad, bondad, resignación, ausencia, pesadez, vivacidad, etc.) se les adjudica en las representaciones, en el imaginario colectivo.

Finalmente, *Cuando el aire es azul* muestra una sociedad dispuesta a reproducir modelos, a admitir un orden también impuesto donde los viejos deben esperar la muerte pacientemente, en la cola o en su casa, donde se está dispuesto a dar por muerto a alguien sólo por su fecha de nacimiento y donde la utopía se ha fracturado para formar parte de una transición de generaciones que buscan, cada una en sus tiempos, cambiar el entorno, mejorarlo con sus ideas y su pasión. María Luisa Puga parece hacer una crítica a una utopía que no modifica roles, al tiempo que muestra esa sucesión generacional que tal vez de tanto ensayo, de verdad logre esa utopía donde la vejez sólo implique tener años y lo femenino no sea solo un modelo de actividades exclusivas (y excluyentes) de las mujeres; un lugar donde la marginalidad no sea inherente a la vejez y a la mujer.

³⁰ *Ibid.*, pp. 94-95.